No volví por la tarde á ver á Javier, ni

á otro día tampoco.

Aunque había comenzado á interesarme su historia, y tenía curiosidad de saber cómo había llegado aquel excelente muchacho desde la casa de Luisa á la casa de Orates, quise mortificar mi curiosidad en bien de su salud, dando tiempo á que se le pasara por completo la excitación que se iba apoderando de él á última hora, y pudiera seguir la narración más sosegado.

Empleé aquella tarde en escribir cartas y aproveché el día siguiente para ver á Valladolid, población que apenas conocía, pues sólo había estado en ella unas horas interrumpiendo un viaje de vuelta de Madrid á mi casa cuando era estudiante.

Recordaba haber leído en la vida que D. Alonso Núñez de Castro escribió del Rey San Fernando, cómo la Reina su madre, que andaba hurtando las vueltas á su marido el Rey de León, «dispuso pasar a Valladolid, pueblo aún en aquellos tiempos, rico, numeroso y abundante».

Fuera de lo de rico, pues su riqueza andaba á la sazon bastante mermada con las famosas quiebras de los harineros, me pareció que era Valladolid entonces lo mismo que en tiempo de Doña Berenguela: un pueblo grande.

Pues aun cuando cerca de cuatro siglos más tarde, al fin del reinado de Felipe II, fué elevado á la categoría de ciudad, como quiera que, según el proverbio francés, le nom ne fait pas la chose, aun llamándose

ciudad, siguió siendo pueblo.

Hoy está ya muy transformado y muy renovado, si bien es de lamentar que esta renovación no se haya hecho con el mejor gusto, y tenga, como tiene, cierto sello de quiero y no puedo irresistible. Empleo la frase antigua y castiza por no emplear la palabra moderna que la ha sustituído, la cual me parece demasiado dura.

Pero el caso es que se han construído edificios de formas y dimensiones desproporcionadas, queriendo imitar á los de la corte. Hay uno que tiene sosteniendo los balcones enormes cabezas de león, que traen á la memoria las de elefante de la Equitativa; pero con la diferencia de que éstas son de piedra y aquéllas son de pasta barniza-

da. Hay otro con balcones enormemente anchos en el entresuelo y en el principal, estos últimos de medio punto con columnas muy historiadas, y encima otro orden con dos huecos sobre cada uno de abajo, como en el Banco de España en Madrid; pero con la diferencia de que esto es de mármol y aquello de yeso. ¿No estarían mejor unas fachadas de piedra sencillas que aquellas molduras de yeso sucias y esgargatadas?

En una calle nueva dedicada á un hombre político monárquico que tiene que codearse con otro hombre político republicano, á quien está dedicada la contigua, separada de la primera por una casita estrecha á modo de cortamar, hay dos hotelitos á la suiza cubiertos de pizarra, que desde lejos parecen algo. Pero se acerca uno y se encuentra con que hasta las esquinas son de argamasa pintada, y la escalinata que uno de ellos tiene para bajar al jardín, ostenta un balaustre de color de mármol, que luego resulta de madera.

Además ha tenido Valladolid, como otras muchas poblaciones, la desgracia de estar casi siempre administrada y regida por ediles divorciados del sentir general, que han ido arrancando de sus calles y plazas casi todos los nombres que encerraban recuerdos de pasadas grandezas, para sustituirlos

con otros nombres oscuros ó antipáticos, con nombres progresistas, que si en cierta época de decadencia intelectual pudieron tener boga, hoy han llegado á ser hasta de mal gusto. Así se ven allí en plazas y calles los rótulos de Riego, Mendizábal, Duque de la Victoria, Libertad, Constitución, Portugalete... ¡hasta Portugalete! allí, en Valladolid, donde creo yo que la mayor parte de la gente ni siquiera sabe que existe aquel pueblín de Vizcaya...

Aparte de estas cosas, Valladolid tiene grandes monumentos artísticos: el edificio destinado á Museo y Escuela de Bellas Artes encierra una riqueza inmensa en pinturas y esculturas, recogidas casi todas de los conventos; y descartando los desaciertos oficiales, de que el pueblo no es responsable, su fisonomía moral es muy simpática: es un pueblo bueno, culto, profundamente cristiano. Las manifestaciones de piedad son allí siempre numerosas y edificantes. El carácter de sus naturales es franco y afectuoso, adornado del antiguo buen sentido proverbial en toda la comarca...

Cuando volví á ver á Javier le encontré un poco triste, como el día primero.

—Se me hacía duro de creer—dijo abrazándome; —pero ya iba creyendo que me habías engañado y que no volvías. —Pues ya ves—le contesté,—cómo no tenías razón para creerlo. No vine ayer porque estuve ocupado; pero he venido hoy.

—Ya lo veo y te lo agradezco... Temía haberte fastidiado con mi pobre historia, la cual bien conozco que realmente á nadie puede interesar más que á mí...

—Te equivocas: me interesa mucho á mí también saber la causa de tus pasados males. Aunque ya, gracias á Dios, estás bueno del todo.

—¡Ah! ¿Te interesa de veras?—dijo Javier apretándome una mano y dejando asomar á sus ojos un rayo de alegría;—pues entonces voy á acabártela de contar. Llegábamos... sí, ya me acuerdo... iba yo á hacer el ejercicio del grado.

Por librarse del calor, que era ya insoportable en las horas del centro del día, madrugaban los catedráticos y me habían citado para las seis de la mañana.

Salí yo de casa á las cinco.

Vivía en la calle del Arco de Santa María, en el núm. 9, me acuerdo bien... una casa con un mirador... y tenía costumbre de rezar una Salve á la Virgen siempre que pasaba por junto á la capillita de la Soledad, con puerta de arco, que hay á la entrada, y que es de donde tomó el nombre la calle. Aquella mañana, no sé si porque estaban todavía desiertos los alrededores y reinaba el silencio, ó por la especial disposición de miánimo, me parece que la recé con más fervor y con más devoción que nunca.

Al pasar después por la calle de la Puebla, miré à la casa del general y ví que estaban muy cerrados todos los balcones, incluso el del gabinete de Luisa, lo cual no dejó de apesadumbrarme, porque era prueba, ó à lo menos por tal lo tomaba yo, de que ni mi amor ni el éxito de mis estudios la quitaban el sueño...

Llegué à la Universidad, que aun estaba cerrada, y, esperando à que abrieran, me entretuve en contar desde la acera de enfrente aquellos grandes clavos que adornan las puertas del edificio. Por cierto que conté sesenta y ocho en cada una: ciento treinta y seis clavos enormes...

¡Ciento treinta y seis! El mismo número de las lecciones que tenían los del doctorado en el programa krausista de Filosofía del Derecho... ¿Las habría copiado de allí el profesor López-Brozas? No era cosa fácil de saber. Pero indudablemente las lecciones y los clavos se parecían, no sólo en el número, sino también en lo impenetrables; vamos, en que fijándose mucho, concentrando sobre éstos ó sobre aquéllas gran fuerza de atención, de unas y de otros se vendría á sacar la misma sustancia.

Tuve suerte en el grado. Me tocó precisamente el matrimonio, materia que había estudiado con afición, así en Derecho canónico como en Derecho civil, de manera que la dominaba perfectamente. Pasé las horas de encierro sin apuro ni angustia, coordinando con tranquilidad las ideas, y hablé luego todo el tiempo reglamentario; hice un ejercicio brillante, recibiendo allí mismo, al terminar, plácemes y felicitaciones de los jueces.

Parecía natural que esto me produjera gran satisfacción y que pasara siquiera aquel día alegre y contento. Pero no fué así, sino que sucedió precisamente lo contrario. Aquel día creo fué uno de los más tristes de mi vida.

A más de lo que me preocupaba la dificultad de declararme á Luisa por la noche, el hecho mismo de haber obtenido el grado de licenciado en Derecho me entristecía y me causaba pena.

El término de la carrera universitaria, tantas veces y con tanto afán deseado, me ponía pensativo y me daba miedo. Iba á dejar de ser muchacho para ser hombre; iba á comenzar á ser dueño de mí mismo y á entrar en posesión de la propia libertad, la carga más pesada que Dios ha dado al hombre en la tierra.

Fuí á paseo por la tarde al Salón del Pra-

do, que en aquella época no era, como ahora, patio de recreo de niños y rollas y diputados escarzaneros, sino punto de reunión de la más florida y elegante juventud de la corte, que paseaba allí oyendo la música. Pero como llevaba dentro de mí la preocupación y la tristeza, no logré distraerme.

Después de comer, o mejor dicho, de no comer, porque estaba nervioso y no tenía gana, me encaminé como otras noches hacia la calle de la Puebla.

¡Con qué emoción!... Si al entrar en el comedor de casa del general hubiera tenido cascabeles en las pantorrillas, hubiera hecho más ruido que la silla de postas, porque estaba temblando. ¡Tanto me azoraba la idea de declararme á Luisa, y tanto me asustaba la posibilidad de un mal resultado!

—¿Se ha licenciado usted?—me preguntaron al mismo tiempo el general y la generala.

-Sí, esta mañana,-les contesté.

-¿Ý qué tal?... Sobresaliente, ¿eh?añadió el general.

-Sí, señor.

—Bien, bien... ¡Que sea enhorabuena, señor abogado!...

-Muchas gracias.

—Sí, que sea enhorabuena,—me dijo Luisa en un tono que á mí me pareció, no me atrevo á decir que lo fuera, probablemente no lo sería, más ceremonioso, menos intimo que el de costumbre.

No acudió nadie más aquella noche y jugamos con el general Luisa y yo, mientras la generala dormitaba en una mecedora.

No había posibilidad de hacer la declaración. Pero no era esto lo más malo, sino que Luisa estaba cariacontecida y grave, sin hablar apenas más que las palabras puramente precisas: «paso», «juego», «espadas, Javier», «¿oros, tío?»

Tan visible era su tristeza ó su mal humor, que se lo conoció el general y hubo de decirla:

-Chica, pero ¿qué tienes? ¿Qué mondiú estás haciendo?

—Me duelen un poco las muelas,—le contestó.

¿Era verdad?

Yo no lo creí entonces ni lo creo ahora tampoco. Lo que ahora creo es que estaba contrariada de haberse engañado la noche anterior cuando se figuró que iba yo á declararme; pero entonces creí precisamente lo contrario, á saber: que aquel preludio mío de declaración era lo que la había disgustado, y el deseo de evitarla lo que la obligaba á estar seria.

Este pensamiento, tenazmente sostenido, me produjo una desazón tan grande, que ya, aunque hubiera tenido ocasión de hablar á solas con Luisa, no hubiera acertado á decirla una palabra del asunto.

Excuso decirte que toda la noche jugué muy mal... Nunca jugaba yo muy bien, porque te advierto que hasta aquel invierno no sabía, ni había tratado de aprender, y aprendí entonces para hacer la partida al general cuando no tenía otra, de modo que á menudo solía cometer desaciertos; pero aquella noche, con la preocupación y el disgusto que tenía conmigo, no daba pié con bola.

Al cabo el general, aunque tenía mucha afición y jugaba muy bien, no era de esos tresillistas rabiosos que sienten más una mala jugada que la muerte de una persona de su familia, sino que lo tomaba todo á broma, y sacaba partido de los disparates que hacíamos Luisa y yo para amenizar la sesión diciendo chistes, pues era persona de muy agradable conversación y de buen ingenio.

Aquella misma noche tuvo felices ocurrencias. Había yo referido unos dias antes,
con cierta extrañeza, que en la iglesia de
San Ildefonso un sacerdote cuando acabó de
celebrar se puso á confesarse. Al jugar esta
noche de que hablo un solo de cinco triunfos de espada mala y dos reyes, siendo
mano, comencé jugando los dos reyes,

que pasaron, por fortuna, y después de haberme pasado los reyes salí arrastrando.

—¡Hombre, hombre!—me dijo el general:—parece que sigue usted el mismo sistema de aquel cura que se confesaba después de decir misa...

No pude menos de reirme de veras, y también Luisa se rió mucho, pues debo advertirte que, después del réspice de su tío, había procurado hablar algo más y ponerse amable.

Mas el daño ya estaba hecho. Para mí, aquellas sonrisas y aquella amabilidad de última hora no eran otra cosa que un sacrificio que hacía Luisa en aras del cariño cuasi filial que á su tío profesaba. Querer, no me quería. Desde el momento en que tras del amigo había descubierto al enamorado, mi presencia la era desagradable...

Dejamos el juego á las once y media. Me levanté; me despedí de la generala, del general y de su sobrina. Pero al dar la mano á ésta, en lugar de decirla á media voz, como otras noches: «Adiós, encanto», la dije con fría formalidad: «Adiós, Luisa».

Todo había concluído...

33939

UNWERSIDAD DE NUEVO LEGA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO 10 YES" Abdo. 1625 MONTERREY, MERES

Javier hizo un momento de pausa; des-

pués continuó:

—No hay duda—me decía yo al bajar la escalera desmadejado, distraído, sin mirar dónde ponía los pies, como si no me importara un comino rodar y descalabrarme;—no hay duda... esa mujer no me quiere... ¿No me habrá querido nunca, ó habrá mudado de pensamiento?... ¿Será por orgullo?... ¿Será por interés?... ¿Acaso el primito que me presentaron hace poco será el que la haya decidido á variar de afición?... ¡Si era tan pequeñaco y tan ridículo el pobre!... ¿Quién sabe?...

Y apuradamente, ¿qué más me da saberlo?... El hecho es que no me quiere: su displicencia de esta neche me lo demuestra de un modo incontestable... Y teniendo la triste certeza del hecho, ¿para qué devanarme los sesos tratando de averiguar la causa?... ¡Pásese usted lo mejor de la vida pensando en una mujer... para estó!... ¡Ingratuela!...

Mas la verdad es—añadía en un momento de reacción,—que yo nada la he dicho, y que ella no ha de venir á decirme que está enamorada de mí...

No, no se lo he dicho—me interrumpía en seguida atajando el paso á la esperanza;—pero ¿cómo se lo había de decir, si una vez que me disponía á hablarla de ello, en cuanto lo conoció trató de evitarlo poniéndose seria?... Nada, yo me pondré serio también... Majo el compañero, majo el rabadán, como suele decirse... Hay que olvidarla; y como dice el otro refrán: ojos que no ven, corazón que no siente... Estoy resuelto... ¿Te molesta mi presencia, Luisita?... Pues yo te aseguro que cuando vuelva á tu casa... ya habrá llovido...—

A la noche siguiente el amor y el orgullo, ó hablando con más propiedad, el Angel de mi guarda y el enemigo tentador, inspiradores respectivamente de aquellos sentimientos, sostuvieron dentro de mí una verdadera batalla.

Al principio llevó la mejor parte el Angel: así es que salí á la calle casi decidido á ir á casa del general Sierra como otras noches. Pero el demonio seguía defendiéndose; esgrimía razones de apariencia tan brillante y argumentos tan bien hilados,

que me hacía detener, y por último, ya en la calle de la Puebla, hizo un supremo esfuerzo que le dejó dueño del campo.

En vez de entrar en el portal del núm. 4 y subir la escalera, seguí por la acera adelante, crucé la Corredera Baja, continué por la calle del Pez maquinalmente como si fuera á la Universidad, y al llegar á la Ancha de San Bernardo, advertido de que en la Universidad no tenía á aquellas horas nada que hacer, doblé sobre la izquierda, y, llegando á la de la Flor Baja, me metí en un teatrucho, que me parece se llamaba del Recreo, construído en el solar de la iglesia del Rosario. ¡Dios me lo perdone!

Veinticuatro horas más tarde se repitió la lucha; pero con la ventaja de las posiciones ocupadas la noche anterior, venció mucho más fácilmente el orgullo, y tampoco fuí á casa de Luisa.

Al tercer día, ya que no al segundo, sus tíos habían de enviar á saber de mí seguramente; porque una noche dejaba yo de ir alguna vez, pero dos noches seguidas no había dejado nunca, no estando malo.

Pregunté al ama de casa si había venido algún recado para mí; el ama preguntó á la criada, y la contestación fué negativa. A la tarde siguiente repetí la pregunta y obtuve la misma respuesta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEGA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" ¿Qué tal, eh? me decía yo. ¡Vaya un cariño que me tenía esa gente!... ¡Ni un mal recado de atención!... Podía estar malo... me podía haber muerto... y nada.

Esta consideración me consolaba un poco y me ayudaba á sofocar el sentimiento;

pero iba pronto á desvanecerse.

Una noche, la del 3 de Julio, me había ido á comer con otros dos condiscípulos, licenciados nuevos como yo, á los Jardines del Buen Retiro; de modo que desde las dos de la tarde que había salido á tomar café, no volví á casa hasta las once y media de la noche.

-Tengo unas tarjetas para usted, seño-

rito,-me dijo la portera al entrar.

—¿A ver?—la dije; y me quedé en medio del portal esperando, mientras ella entraba en la portería á buscarlas.

Serán de ellos, pensé; y comence á sentir una emoción y una ansiedad tan grande, que oía yo mismo y podía contar los

latidos que el corazón me daba.

Salió la portera de su cuchitril y me entregó dos tarjetas, una grande y otra muy diminuta. La mayor decía en dos renglones: Manuel Sierra y Fresnedo, Teresa Llanos de Sierra. La pequeñita decía: Luisa Mendoza. Una y otra tenían en la esquina inferior de la izquierda estas iniciales puestas con lápiz: S. D.

—¿Quién las ha dejado?—pregunté á la portera.

-El señor general.

—Serían sobre las dos... Acababa usted de salir... Preguntó si estaba el señorito... ¡Ah! Y ahora que me acuerdo: el otro día también vinieron á preguntar de parte de los señores si el señorito estaba malo.

-¿Y qué dijo usted?

—Que no; que había salido, —¿Se acuerda usted qué día fué?

—Pues... la primera vez debió de ser... —¡Ah! ¿Vinieron más veces que una?

—Dos por lo menos. La primera me parece que fué aquel día que salió usted tan de mañanita, que...

-No: aquel día no pudo ser, porque á la noche estuve yo en su casa y no me lo

dijeron...

-Entonces sería al día siguiente, ó á los dos días... Y luego no sé si otra vez ú otras dos.

—¡Y no me había usted dicho nada!...
—Pues verá usted, señorito: á lo primero se me pasó... Después... un día estuve para decírselo á usted; pero me dije: digo... ya habrá estado allá y se lo habrán dicho ellos... Y ahora, porque cayó la ocasión, que si no...

Hubo unos instantes en que extrangula r

á la portera me parecía poco; pero en seguida sufrí un acceso de ternura que ahogó en mí todo movimiento de dureza, todo pensa-

miento de venganza.

¡Pobre Luisa!—dí en decir para mí.— ¡Pobre general! ¡Pobre generala! ¡Qué buenos son y qué injusto he sido con ellos!... Enviar nada menos que tres veces á preguntar por mí, habiéndoles dicho desde la primera que no estaba malo... y yo sin ir... y todavía venir el general en persona á despedirse... Es claro: se van, como otros años, á veranear á Asturias... ya me lo habían dicho... Pero ¿se marcharían esta tarde?... ¡Dios quiera que no!... El caso es que si fuera algo más temprano, iba ahora mismo á preguntar al portero... Pero ya habrá cerrado, y... llamarle para eso no más... Mañana iré... ¡Pobre general!... ¡Pobre generala!... ¡Pobre Luisa!...

Cuando á la mañana siguiente me dijo el portero de casa del general que los señores se habían marchado la tarde anterior, si hubiera habido un tren relámpago que alcanzara al de ellos antes de la estación de Busdongo, en donde moría la línea y habian de coger la diligencia, le hubiera tomado inmediatamente, aun con dos probabilidades contra una de descarrilar. Tal era el deseo que me entró de ver y hablar á Luisa y á sus tíos, de desagraviarles, de

resarcirles del disgusto que creía haberles causado con mi insensato retraimiento.

Mas á tales horas no había tren relámpago, ni siquiera tren carreta, para el Noroeste. Era necesario esperar hasta la tarde.

Y hasta la tarde, jah!... jcuántas refor-

mas había de sufrir el proyecto!

A la media hora comenzó á parecerme el viaje un poco romántico, y á la otra media ya le tuve por una verdadera calaverada... No, decididamente no iría á Asturias detrás de Luisa: lo que haría sería escribir al general disculpándome. Así lo había resuelto á eso de mediodía.

Pero... ¿qué iba yo á escribir al general?... ¿Le iba á decir que había dejado de ir á su casa por no sufrir los desdenes de su sobrina?... Y á él ¿qué le contaba?... No: á Luisa era á quien debía escribir, á Luisa... Tal era mi propósito á eso de las tres de la tarde...

Mas... ¿cómo la iba á escribir, no habiéndolo hecho nunca hasta entonces y no habiendo quedado de acuerdo con ella en que la escribiría? Si en la carta la declaraba mi amor, ¿no la parecería ridículo que, habiendo hablado tantas veces los dos solos, no se lo hubiera dicho, y saliera luego diciéndoselo en una carta? Y si me limitaba á disculparme de no haber ido por su

casa en los últimos días, ¿qué disculpa iba á darla?...

A más de que, bien mirada la cosa, ¿tenía realmente motivo para entregarme á aquellos entusiasmos?...¿Qué habían hecho Luisa y sus tíos al preguntar por mí y al despedirse, sino cumplir simplemente los deberes de sociedad?... ¿Habían de marcharse á la francesa?...

En fin, que, á la hora del tren, ya ni me

iba á Asturias ni escribía á nadie.

El pesimismo de los días anteriores había vuelto á sacar la cabeza y á enseñorearse de mí. Luisa no me quería: esto era lo cierto, y, por consiguiente, no había motivo para cambiar de conducta...

Sonó una campana pequeña dentro del

establecimiento, y dije á Javier:

—Si te llaman á alguna parte, me marcho ahora mismo: no quiero interrumpir el

régimen...

— No: ese toque — me contestó, — anuncia la llegada del médico. Aquí probablemente no vendrá: muchos días no viene.

Pero apenas había concluído de decir estas palabras, llamaron á la puerta de la habitación y entró el médico. Le habían dicho en la portería que estaba yo con Javier, y vino á saludarme.

—Tenemos ya al señor Villalba—me di-

jo-completamente bueno, como usted ve; en estado perfectamente normal, como si no tuviera nervios ni los hubiera tenido en su vida... Pero siéntese usted.

—No: si me iba ya a marchar, —contesté, aprovechando la presencia del médico para evitar toda resistencia por parte de Javier.

Y eso que éste no había sentido aquel día excitación alguna; pero bueno era que no se engolfara demasiado en su historia.

-¿Te marchas ya?-me dijo.

—Sí, me marcho; volveré à la tarde. Y despidiéndome del médico y de Javier, salí bastante mejor impresionado que el primer día.